

cultura



Chris Martin, cantante de Coldplay, en un momento del concierto en el estadio Lluís Companys de Barcelona. / GIANLUCA BATTISTA

Coldplay, los reyes del estadio

El grupo arrasa en el Lluís Companys de Barcelona ante 63.000 personas

LUIS HIDALGO
Barcelona

Más contagiosas que la gripe. Así son las canciones de Coldplay sonando en un estadio. Pueden gustar o no, pero cuando 63.000 personas se ponen a co-rearlas no merece la pena oponer resistencia. O te contagias o te sientes el aburrido que estropea un planeta de sonrisas. Na-

die se sintió así anoche en el repleto Estadio Olímpico de Barcelona, donde el cuarteto británico demostró que lo suyo son los espacios enormes. Ese es su mejor terreno de juego. Sí, Coldplay es una auténtica banda de estadio, un tipo de recinto en el que sus prestaciones mejoran sobremanera.

Comenzaron a tumba abierta, tirando de *Violet hill*, *Clocks*,

In my place y *Yellow*, tema que sembró de globos amarillos la pista del recinto. El público que asistió al estadio disfrutó, gritó y rió con Coldplay. No es de extrañar que el entrenador del FC Barcelona, Pep Guardiola, presente anoche en el Lluís Companys y visiblemente feliz, animase a sus jugadores con la música de Coldplay durante la última temporada.

Chris Martin cuidó los detalles, saludó en catalán y usó el castellano mucho más que los últimos 37 artistas anglosajones que han visitado Barcelona. Un gesto más de proximidad en un concierto que la banda grabó con vistas a un dvd que pretende mostrar el poderío de sus espectáculos en directo. Por eso, aún sin llegar a la mitad el recital, ya hubo fuegos de artificio

en *Fix you*. Luego en los bises llovió confeti en forma de mariposas en *Lovers in Japan*.

Pero como la felicidad no puede ser total, unos problemas técnicos —de los que Martin se disculpó al final con admirable vergüenza torera y que quiso compensar regalando discos (que efectivamente lanzaron unos empleados)— lastraron parcialmente el concierto, cuyo sonido varió de intensidad en algunos tramos provocando que el público gritase "¡no se oye!" con notable determinación. Antes, en el

La banda regaló discos para compensar los defectos de sonido

comienzo del espectáculo, el sonido se interrumpió breves segundos en varias ocasiones, mácula en un espectáculo concebido para arrasar. Y eso fue exactamente lo que ocurrió ayer en lo que supuso la cumbre emocional de la noche, que llegó con la interpretación de *Viva la vida*. Fue, sin lugar a dudas, el punto culminante de un concierto que aún duraría cerca de una hora más y que dejaría muy cerca del cielo a sus 63.000 seguidores.

En el transcurso de su velada barcelonesa, Coldplay hicieron dos *set* acústicos: uno de ellos en un escenario cercano al principal, donde interpretaron cuatro canciones; y otro de tres en otro escenario opuesto a la pista. Allí ofrecieron un homenaje a Michael Jackson: una versión de *Billy Jean* coreada por un público fiel.

tendencias

| talentos | **diseño** | moda | estilos | gastronomía |



Dos planos con la obra de reconstrucción de la ópera.

Estrategia 'Piano' en Malta

El arquitecto italiano cambiará el perfil de la isla con una remozada ópera

ROBERTA BOSCO, Barcelona

A lo largo de los siglos su posición estratégica para las rutas navales del Mediterráneo le procuró más de un disgusto a la isla de Malta. Napoleón la conquistó en 1798, aprovechando la promesa de los caballeros de no luchar contra ningún rey cristiano, pero la impopularidad del Emperador facilitó la labor de los ingleses, que dos años después asumieron

el control de la isla y lo mantuvieron hasta su independencia, en 1964. Durante la II Guerra Mundial, al formar parte del Imperio Británico, se convirtió en blanco de los bombardeos de la aviación alemana, que una mañana de 1942 redujeron a escombros la Royal Opera House, construida a mediados del siglo XIX por el arquitecto inglés Edward Middleton Barry, autor del célebre Covent Garden de Londres.

Las ruinas de la ópera han sido objeto de diversas propuestas de reconstrucción y de otras tantas controversias, pero hasta la fecha ninguna había prosperado. El artífice del milagro es Renzo Piano, autor del Centro Pompidou de París y de decenas de otras obras emblemáticas, como el aeropuerto de Osaka, la Fundación Beyeler de Basilea y, más recientemente, el Museo de Historia Natural de San Francisco y la

nueva ala del Art Institute de Chicago. El arquitecto italiano ha dado en la diana proponiendo conservar las ruinas, "que después de 68 años han alcanzado el estatus de monumento", injertándolas en un coliseo al aire libre. Las paredes translúcidas removibles y los equipos de luz y sonido móviles, que le otorgarán la identidad de teatro durante las representaciones, desaparecerán cuando no haya espectáculos, dejando

en su lugar una plaza, con vocación de ágora, rodeada por jardines.

El proyecto forma parte de un amplio programa de reformas, que costará 80 millones de euros y durará unos cuatro años. Además de la ópera, en el vacío dejado por las bombas, Piano construirá un nuevo Parlamento, un edificio de dos bloques de piedra, colocados sobre unos contrafuertes, que crean la sensación de que están suspendidos en el aire. No se trata de la típica obra de atrios enormes e inútiles. "La arquitectura es el arte de construir espacios adecuados a los seres humanos. Está de moda una especie de priapismo arquitectónico, cuanto más grande mejor", lamenta Piano. El suyo es un edificio ecológico, de "emisiones cero", que aprovechará el sol, el viento y la masa rocosa de la isla para generar y mantener la temperatura interna estable, sin necesidad de aire acondicionado ni calefacción.

El arquitecto eliminará el aparcamiento que afea los bastiones y recuperará la entrada original a la ciudad de los templarios, oculta tras numerosas intervenciones, culminadas con las modificaciones salvajes de los años sesenta. "Más que añadir, quitamos", asegura Piano.